

trará que en el huerto de esta mujer uruguaya no fué inútil toda la siembra:

Hoy estoy tan triste que me besa
[el silencio y pasa.
Tan triste... que ni el recuerdo me
[salva!
Toda amarga y exprimida como un
[lirio truncado!
¿No hay un poco de ternura en el
[búcaro de tus labios?
¿Con qué riego yo esta frente de tris-
[teza amenazada?
Y se quema sola, sola, la flor que el
[pecho fecundara,
y se bebe lenta, lenta, toda su savia!
Cuando estoy sin consuelo, oh amado
riégame con un beso el alma!

Creemos que, sin pecar de optimistas, y sin que se nos diga que intentamos atenuar lo ya dicho, los versos copiados dejan una esperanza.

BREVES.—A. Rendic I.

Es un acierto indudable el título que este joven escritor de Antofagasta ha dado a su primer libro. Todos sus poemas son brevísimos. Pero también, con absoluta propiedad, pudo llamarlo «Monótonos», ya que su obra adolece de este defecto imperdonable en literatura: la monotonía.

Igualdad de forma, que quiere ser verso sin conseguirlo, y a la larga fastidia con su pobreza repetida, y un persistente y opaco medio tono que no logra levantarse de la vulgaridad fastidiosa.

La difícil sencillez, buscada afanosamente por el autor de «Breves» (1) es aquí miseria de expresión

(1) Antofagasta, Chile, 1932. Imprenta Varas, editores.

y de ideas. Hablar con sencillez no es hablar como todo el mundo: en arte, la sencillez consiste en unir la belleza y la claridad. Y esto no lo ha conseguido el señor Rendic, acaso por inexperiencia, o tal vez por un error de visión artística.

Libro ingenuo, que da escaso margen al comentario, todos sus poemas llevan un consejo, como éste de la página 29 que transcribimos íntegro:

No mientas.
La mentira es hija de la maldad
Tú eres buena:
no debes mentir!

Quando mientes,
tus ojos se nublan,
la risa huye de tus labios
y se acelera tu aliento.....
Es que tu conciencia
se rebela contra ti
y te reprende.

Tú eres buena:
Procura no mentir

Es evidente que no puede exigirse mayor precisión ni mayor sencillez. Pero en el poema copiado no está la belleza que los poetas dejan en su obra. Y ni siquiera hay un asomo prometedor.

EL ENCANTO DE LA ALHAMBRA.— Francisco Villaespesa (1).

El gran autor de «El Alcázar de las Perlas», cansado de su lírico y bohemio peregrinaje por América, ha vuelto a España. Y con tesón admirable, no ceja en su tarea insistente de escribir sonetos y sonetos, olvidando que la hora artísti-

(1) J. M. Yagües, editor. Madrid, 1932.